

latinas de color rosado, mientras la tarde muere con infinita serenidad bajo los últimos fulgores de carmín y oro con que se abisma en las profundidades del espacio el sol poniente.

Ya estamos en Venecia. Su estación del ferrocarril es como todas, opaca y estridente. Más al trasponer el pórtico se produce el sorprendente espectáculo; y lo más sorprendente es que después de tanto oír hablar de Venecia y de tanto saberla por descripciones, reproducciones y cromos, la fuerza plástica de la realidad supere a toda otra fuente de conocimiento y cause el más hondo de los asombros.

Al ordinario trágico de vehículos y automóviles en las explanadas de la grande *Gare*, sustituye aquí el ondulante remanso del *Canalazzo* donde góndolas y barcas, gabarras y canoas, se mecen blandamente ofrecidas a los viajeros con invitaciones de dulce musicalidad.

Batiendo la superficie de las aguas con el único remo, la góndola se desliza por la maravillosa vía, a la luz incierta del anochecer, entre palacios que surgen de las márgenes como fantásticas apariciones de ensueño. *Gli Scalzi* con su estilo rococo veneciano: la «Cá d'oro» preciosa muestra de estilo ojival así llamada por la riqueza de su decoración espléndida; el magnífico *Ponte di Rialto*,

